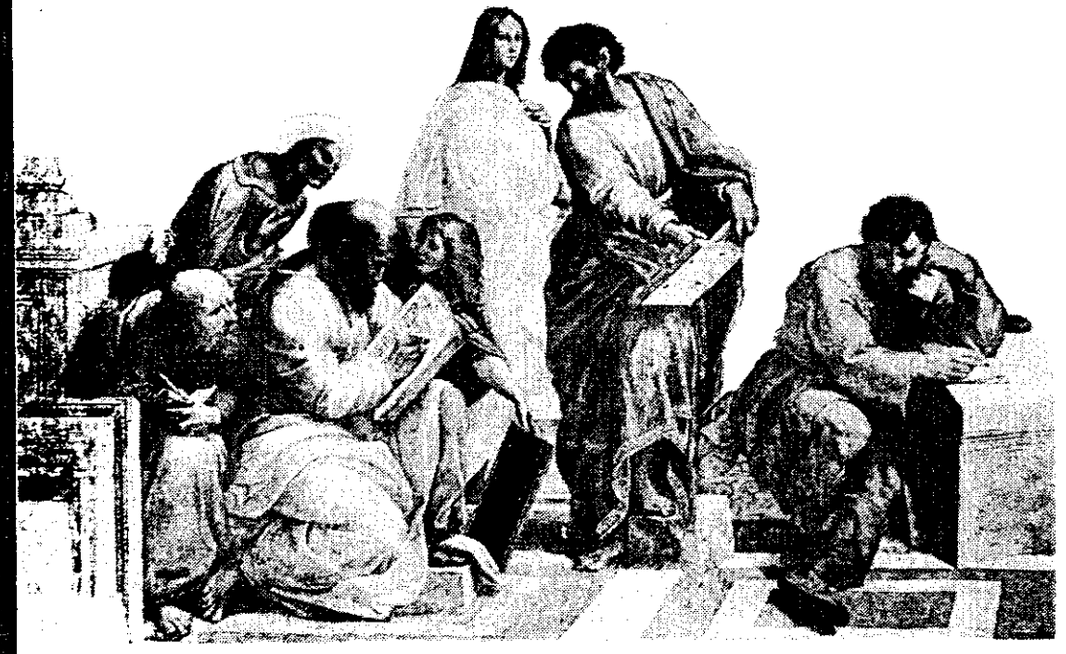
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1998

EL DERECHO COMO CIENCIA Y COMO PROFESION



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

Editor:
Agustín Squella

Asistentes del Editor
Aldo Valle, Joaquín García-Huidobro y Claudio Oliva

Comité Consultivo:
Albert Calsamiglia (Barcelona), Elías Díaz (Madrid), Enrico Pattaro (Bologna), Miguel Reale (Sao Paulo), y Rolando Tamayo (Ciudad de México).

Consejo Editorial:
Antonio Bascuñán, Enrique Barros, José Joaquín Brunner, Humberto Giannini, Alfonso Gómez-Lobo, Jorge Iván Hubner, Máximo Pacheco y Eugenio Velasco.

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
1998

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 16
1 9 9 8

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Austral, Adolfo Ibáñez, Católica de Temuco, Católica de Valparaíso, Católica de la Santísima Concepción, Central, de Concepción, de Chile, del Desarrollo, Diego Portales, La República, y de Valparaíso.

©
Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

ISSN — 0170 — 17881
Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar.

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1998

EL DERECHO COMO CIENCIA Y COMO PROFESION

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO
(1997 - 1999)

Antonio Bascuñán Rodríguez, Antonio Bascuñán Valdés, Jorge Correa Sutil, Jesús Escandón Alomar, Pedro Gandolfo Gandolfo, Fernando Quintana Bravo, Nelson Reyes Soto, Agustín Squella Narducci y Aldo Valle Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspondencia puede ser dirigida a la casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social presenta su *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* Nº 16, correspondiente a 1998.

En su primera parte, esta obra contiene la tradicional sección *Estudios,* en la que se presentan diversos trabajos de interés en el campo de la filosofía jurídica y social.

Una segunda sección, llamada *Ponencias,* reproduce la versión escrita de las comunicaciones que fueron presentadas, en 1998, en la Tercera Jornada Chilena de Filosofía del Derecho. Dicha Jornada, que fue organizada por nuestra sociedad y que tuvo lugar en la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales, estuvo dedicada al tema "El derecho como ciencia y como profesión".

Seguidamente, la sección *Informe* contiene un texto de Manuel Manson acerca de las fuentes bibliográficas de la filosofía jurídica en nuestro país.

Por último, en la sección llamada *Traducción* se incluye la versión castellana de "El enfoque económico de la conducta humana", de Gary S. Becker.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social se encuentra preparando su Anuario Nº 17, correspondiente a 1999, que aparecerá en el primer semestre del año 2000.

Nuestra sociedad agradece a los autores que colaboraron con este Nº 16 del Anuario, así como a las distintas Facultades de Derecho que contribuyeron a su financiamiento.

Las personas interesadas en tomar contacto con nuestra sociedad o en recibir ejemplares de números anteriores del *Anuario de Filosofía Jurídica y Social,* pueden dirigirse a la Casilla 211-V, Valparaíso, Chile.

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

ESTUDIOS

EL RESURGIMIENTO DE LOS NACIONALISMOS EN UN MUNDO GLOBALIZADO

CARLOS E. MIRANDA *

William Pfaff inicia su libro *La Ira de las Naciones* (1) calificando el nacionalismo como "la fuerza más poderosa del siglo veinte", dejando abierta la posibilidad de que también lo sea en el siglo veintiuno. Para Pfaff, "el nacionalismo es una expresión profunda, aunque a menudo maligna, de la identidad humana, una fuerza negativa, pero también positiva. Es tanto una expresión de amor como de odio. Es un elemento fundamental de la vida política moderna y de las relaciones internacionales" (2).

A pesar de su importancia en la política mundial principalmente en este siglo, el nacionalismo es un fenómeno que en general ha sido mal estudiado, ya que las perspectivas con las que se lo ha solido enfocar han tendido más a valorarlo —y, por lo tanto, a distorsionarlo— que a entenderlo.

En efecto, muchos estudiosos e intelectuales que se han ocupado del tema han concentrado sus análisis en las consecuencias, habitualmente devastadoras, que las luchas por ideales nacionalis-

---

* Profesor Titular del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.

1. William Pfaff, *La Ira de las Naciones*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1993.

2. *Ibid*, p. 11.

tas provocan, lo que los ha conducido a adoptar posiciones fuertemente críticas y condenatorias del fenómeno y, al mismo tiempo, a descuidar la exploración de las causas que pudieran contribuir a explicarlo. Por otro lado, los defensores del nacionalismo también han fallado en sus explicaciones debido a que su principal interés ha sido justificarlo o promoverlo.

Por cierto, ninguna de estas posiciones extremas puede satisfacernos si pretendemos entender los principales procesos que caracterizan la política internacional contemporánea. El nacionalismo ha sido uno de ellos y, al parecer, continuará siéndolo, a juzgar por la nueva oleada de nacionalismos que han resurgido en diversos lugares del planeta, en un momento histórico en el que las tendencias dominantes en las relaciones internacionales apuntan hacia una creciente globalización, es decir, hacia un mundo más integrado.

Con el fin de tratar de entender esta anómala situación, parece conveniente recoger algunas observaciones acerca de los estados-naciones, las unidades políticas básicas del sistema internacional vigente.

El estado-nación

Hace ya unos treinta años, Stanley Hoffmann iniciaba un relevante artículo señalando:

"El asunto crítico para todo estudioso del orden mundial es el destino del estado-nación. En la era nuclear, la fragmentación del mundo en incontables unidades, cada una de las cuales reivindica independencia, es obviamente peligrosa para la paz e ilógica para el bienestar" ([3]).

Sin embargo, agregaba Hoffmann, "el dinamismo que anima esas unidades... es particularmente formidable". Los estados-naciones "vuelcan en su política exterior el orgullo colectivo, las ambiciones, los temores, los prejuicios y las imágenes de grandes masas de gente".

Karl Deutsch, por su parte, inicia su libro *Nationalism and its Alternatives* citando el siguiente dicho popular europeo: "Una nación es un grupo de personas unidas por un error común acerca de sus ancestros y una común hostilidad respecto de sus vecinos". Deutsch califica de "sorprendente" el hecho de que el nacionalismo sea todavía una de las fuerzas políticas más poderosas en el mundo contemporáneo, una fuerza que incluso quizá ha continuado incrementándose en un tiempo en el que la tecnología pareciera haberla vuelto obsoleta ([4]).

John Herz, también basándose en los avances tecnológicos que han vuelto permeables las fronteras nacionales, símbolos característicos del concepto de "territorialidad" sobre el cual se ha sustentado tradicionalmente la proclamada independencia de los estados-naciones, anunció en un artículo publicado en 1957 la muerte del Estado territorial ([5]). En 1968, sin embargo, Herz se vio forzado a reconocer que su anterior apreciación era errónea. En efecto, los conceptos de "soberanía" y de "independencia" seguían siendo los principales símbolos de status internacional, ello a pesar de que se habían mantenido o incrementado los factores amenazantes para la sobrevivencia del estado-nación concebido sobre la base de la territorialidad, esto es, del control soberano y reconocido por la comunidad internacional sobre una porción del espacio terrestre ([6]).

Las predicciones acerca de la inminente desaparición del estado-nación, han abundado desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Así, por ejemplo, en 1945, un destacado estudioso de las relaciones internacionales, E. H. Carr predijo que no volveríamos a ver otra vez "una Europa de veinte, y un mundo de más de sesenta estados soberanos independientes" ([7]). Carr, por cierto, no fue el

3. Stanley Hoffmann, "Obstinate or Obsolete? The Fate of the Nation. State and the Case of Western Europe", en: Morton A. Kaplan, editor, *Great Issues of International Politics*. Chicago: Aldine - Atherton, 1970, p. 85.

4. Karl W. Deutsch: *Nationalism and Its Alternatives*. New York: Alfred A. Knopf, 1969, p. 3.

5. John Herz, "The Rise and Demise of the Territorial State" en: James N. Rosenau, editor, *International Politics and Foreign Policy*. New York: Free Press, 1969.

6. John Herz, "The Territorial State Revisited: Reflections on the Future of the Nation-State", en James N. Rosenau, editor, *International Politics and Foreign Policy*. New York: Free Press, 1969.

7. E. H. Carr, *Nationalism and After* (1965), citado por Pierre Hassner, "Nationalisme et Relations Internationales", *Revue Francaise de Science Politique*, XV, 3, 1965.

único en equivocarse al predecir la declinación del estado-nación. Y aun hoy, cuando el número de estados soberanos es casi el cuádruple del existente al término de la Segunda Guerra Mundial, todavía hay quienes argumentan acerca de la falta de "lógica" en las relaciones internacionales contemporáneas que significa la multiplicación de estados, muchos de ellos "mini-estados", cuya viabilidad como entes autónomos en el plano internacional es, por decir lo menos, dudosa, no sólo desde el punto de vista racional, sino también desde los puntos de vista económico, político, y aún desde el militar.

¿Por qué esta "obstinación" —para emplear la expresión de Hoffmann— de los estados-naciones por sobrevivir como las unidades básicas del sistema internacional contra las predicciones de tantos expertos quienes, basándose en las principales tendencias del mundo contemporáneo, han vaticinado su extinción? ¿qué es lo que ha fallado en tales predicciones: el diagnóstico de las tendencias, o la "lógica" del resultado hacia el que esas tendencias deberían haber conducido? ¿O es que ha habido algún otro elemento no debidamente considerado?

Tendencias integradoras

Examinemos primeramente las tendencias que hicieron a muchos expertos presagiar la declinación o el fin de los estados-naciones como unidades básicas del sistema internacional.

1. La primera razón que se tuvo a la vista fue el surgimiento de la organización internacional después de la Segunda Guerra Mundial, con agencias supranacionales importantes y que se presumió iban a tener una fortaleza creciente. La mayoría de los estados-naciones entonces existentes ingresó a la organización universal, la ONU; y poco después empezó a surgir una serie de organismos regionales de carácter militar o económico a los que también adhirieron los estados-naciones (OTAN, MCE, Pacto de Varsovia, OEA, TIAR, etc). Todos estos organismos supranacionales regionales fueron, además, expresión de la división bipolar del mundo de la post-guerra. La diferencia de poderío de los dos grandes polos hegemónicos sobre los miembros de cada uno de los bloques, contribuyó a crear la presunción de que el estado-nación, plenamente soberano e independiente, era un concepto obsoleto.

El término de la bipolaridad tras la desintegración del bloque soviético en 1989 y de la propia Unión Soviética en 1991 hizo desaparecer algunos de los organismos mencionados, pero entonces surgió como creencia dominante la presunción de que avanzaríamos hacia un mundo más integrado (Globalización económica y política), bajo la "benigna" hegemonía de Estados Unidos.

2. El segundo factor que influyó en las predicciones del fin del estado-nación fue la revolución científica y tecnológica que se ha desarrollado durante el presente siglo. Esta revolución ha afectado todos los ámbitos del quehacer humano porque ha abarcado todos los campos. En relación a la organización internacional estado-céntrica son particularmente destacables los descubrimientos y avances científicos en dos planos.

a. *Comunicaciones*. Los progresos en este campo han sido prodigiosos, especialmente en las últimas décadas. La velocidad creciente de las comunicaciones y la amplitud espacial que pueden cubrir llevó en la década del '60 a Marshall McLuhan a acuñar la imagen de la "Aldea Global", según la cual, por efecto de los avances técnicos en la comunicación, particularmente en los medios de comunicación masiva, y más específicamente todavía en la TV, el mundo se ha empequeñecido, convirtiéndose en una aldea de dimensiones planetarias, en la que todos sus habitantes sabemos todo lo que sucede en cualquier lugar del mundo en forma casi instantánea. El mundo entero está unido por una red global de información que llega a todos los rincones del planeta y que hace que todos compartamos las mismas informaciones. Gradualmente, pensaba McLuhan, todos iríamos compartiendo también los mismos valores, gustos, aspiraciones, temores; en suma, la misma cultura, terminando de esta manera el énfasis en las culturas autóctonas que aparecerían, en esta perspectiva, como divisionistas y anacrónicas.

b. El segundo plano en que la revolución científica y tecnológica es significativa para el análisis del futuro del estado-nación es el de los armamentos. Los "progresos" en este campo han sido también notables, haciendo que las fronteras de todos los estados-naciones hayan dejado de ser invulnerables, ante el alcance y poder destructivo de las modernas armas nucleares.

3. El tercer elemento que tomaron en consideración numerosos expertos para presagiar la obsolescencia del estado-nación fue el surgimiento del transnacionalismo, que puede ser considerado como parte integrante de la revolución científica y tecnológica, o como una consecuencia de ella. El transnacionalismo consiste en la operación a escala mundial de un creciente número de actores que en la planificación de sus actividades o negocios consideran el mundo entero como mercado potencial para sus productos o servicios, haciendo caso omiso de las fronteras nacionales. El concepto es aplicable a empresas y otros tipos de instituciones, tales como Partidos políticos "internacionales", por ejemplo, que operan del mismo modo.

4. Como consecuencia de todos los factores anteriores, el símbolo de la soberanía y de la independencia, y la característica fundamental del estado-nación, esto es, la territorialidad, pareció una noción sobrepasada por la realidad del mundo moderno. El concepto mismo de estado-nación comenzó a parecer añejo, pasado de moda; pareció que no era sino un producto de la Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX, vuelto incompatible con las características de modernidad del siglo XX. La territorialidad suponía un área rodeada por un "muro defensivo" (las fronteras del estado) relativamente impermeable a la penetración externa, y que podía satisfacer el deseo humano fundamental de seguridad, de protección. Pero, como hemos visto, los progresos científicos y técnicos en las comunicaciones y en los armamentos, y la acción de actores transnacionales, habían vuelto las fronteras permeables e indefendibles en la práctica, con lo que la base misma sobre la que se asentaba el concepto de estado-nación pareció haber perdido todo su sentido.

En suma, una serie de tendencias del mundo de post-guerra parecían apuntar hacia una integración global, hacia un sistema internacional de carácter universal que sobrepasaría la organización internacional estado-céntrica preexistente.

Ahora bien, todas las tendencias mencionadas estaban basadas en hechos reales, pero la consecuencia que los expertos creyeron que se seguiría de ellas, esto es, el fin del estado-nación, no se ha cumplido. ¿Por qué? ¿qué es lo que falló en sus cálculos? ¿qué es lo que no fue considerado en su análisis?

Tendencias centrífugas

A mi juicio, hubo otro hecho que se desarrolló paralelamente a los ya comentados, y que operó en sentido contrario, y con un agregado de carácter psicológico que le dio enorme fuerza, permitiendo que se anulara, o por lo menos se postergara, la concreción de las tendencias universalistas. Este hecho fue el proceso de descolonización.

En 1949, la ONU estaba integrada por 49 miembros. Desde entonces dicho número se ha casi cuadruplicado.

La carrera por la independencia alcanzó su mayor auge en la década del '60, y si bien posteriormente tendió a decrecer, ello se debió no a que la búsqueda de la independencia hubiera perdido su fuerza, sino a que la descolonización es un proceso que ya está prácticamente completado.

En la actualidad, está operando una nueva tendencia centrífuga: la de los movimientos separatistas o independentistas de minorías étnicas o de naciones artificial o coercitivamente unidas en Estados que demandan diferentes grados de autonomía, o en algunos casos, completa independencia. Los casos de Yugoslavia y de algunas naciones que integraron la ex-Unión Soviética han sido los más importantes e impactantes, pero tales movimientos existen también en Gran Bretaña, Bélgica, Canadá, Francia, España, etc. Todas estas presiones, al igual que las que alimentaron el proceso de descolonización, están basadas en un "sentimiento": el sentimiento nacionalista.

El nacionalismo

Uno de los más duros críticos del sentimiento nacionalista es John Dunn quien califica dicho sentimiento como un "escándalo moral", como un "sentimiento reaccionario e irracional en el mundo moderno" ([8]). La crítica de Dunn al nacionalismo parte del supuesto, de raigambre idealista, de que un mundo integrado sería mejor que un mundo fragmentado en muchos estados-naciones independientes, como ocurre en el presente. El enfoque de Dunn, fuertemente

---

8. John Dunn, *Western Political Theory in the Face of the Future*, 1979.

normativo y, como tal, apoyado en la sola razón, no considera, sin embargo, los ingredientes pasionales inherentes a la vida social y política, que la configuran de manera más significativa que los dictados de la razón.

Pero la falencia más grave del idealismo político —que Dunn ilustra claramente— es su desconocimiento de la naturaleza del poder. Ya Platón, el primer gran teórico de la política, percibió hace veinticinco siglos, que el poder es insaciable, incontenible. La única manera de contenerlo y limitarlo, por lo tanto, es contraponiéndole otro poder, a su vez tan insaciable e incontenible como el primero. Si el sueño idealista pudiera concretarse a plenitud en la realidad conduciría inevitablemente no a la integración universal y la paz perpetua soñada por Kant, sino a la dominación imperialista.

En relación a este último punto es interesante tomar en consideración el enfoque de William Pfaff. En efecto, la tesis central sustentada en su libro *La Ira de las Naciones* es que la raíz que origina y sustenta los nacionalismos contemporáneos en su lucha contra los imperialismos. Pfaff llega a considerar los sentimientos nacionalistas como *la* principal causa del derrumbe del imperio soviético en Europa Central y Oriental en 1989 ([9]).

Pero el hecho crucial del mundo contemporáneo en relación al nacionalismo es que más de dos tercios de las naciones-estados del mundo de hoy son nuevas, y están activa y conscientemente luchando por establecer su identidad nacional. Para ellas, entonces, el nacionalismo no es un sentimiento anacrónico e irracional, sino algo muy vivo y que posee su propia racionalidad. Es una fuerza poderosa en el proceso de construcción de esos nuevos estados, lo que requiere ante todo la adhesión y la lealtad de sus súbditos. Niebuhr sostiene que "sin el sentimiento de nacionalidad... la autoridad del gobierno es usualmente incapaz de mantener la unidad nacional" ([10]).

Para entender adecuadamente estas últimas aseveraciones es pertinente que tratemos de definir qué es el nacionalismo. Por cierto,

---

9. William Pfaff, *La Ira de las Naciones,* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1993.

10. Reinhold Niebuhr, *Moral Man and Inmoral Society* New York: Charles Scribners'Sons, 1932, pp. 83-84.

no existe acerca de este controvertido fenómeno una definición única, sino un conjunto de variadas caracterizaciones de él. Basándonos en algunas de ellas, intentaremos aproximarnos a una comprensión acerca de la naturaleza del nacionalismo y de las razones de supervivencia.

Según Hans Kohn, el nacionalismo es un estado mental en el que el individuo siente que su suprema lealtad debe ser hacia su nación ([11]).

Boyd Shafer agrega que el nacionalismo es un sentimiento adquirido, que es moldeado por la cultura y el Estado que es parte de esta cultura ([12]).

Ahora bien, si el nacionalismo es un estado de la mente o un sentimiento que puede ser enseñado o cultivado, cabe esperar que los líderes de los nuevos estados-naciones harán todo lo posible por inculcar y expandir ese sentimiento entre sus ciudadanos. Esto es esencial para las naciones recién nacidas porque como decía Renan, "la existencia de una nación es un plebiscito de cada día". Si esas nuevas naciones han de sobrevivir, ellas deben esforzarse por ganar ese diario plebiscito. Su esfuerzo será posiblemente tanto mayor cuanto menos viable, desde el punto de vista racional, parezca la existencia de tales naciones.

Dado su carácter sentimental o emocional, el nacionalismo es un elemento cohesionador de especial importancia para un alto número de estados-naciones que se han constituido en los últimos años.

Ernst Haas destaca este aspecto y señala que "la nación y el nacionalismo continúan proporcionando el cemento integrador que da la apariencia de comunidad" ([13]).

Haas define *nación* como "un cuerpo de individuos socialmente movilizados que creen estar unidos por cierto conjunto de carac-

---

11. Hans Kohn, *Nationalism: Its Meaning and History.* Princeton, N. J.: Van <nodytsnf, 1965, p. 9.

12. Boyd C. Shafer, *Faces of Nationalism. New Realities and old Myths.* New York: Harvest, 1974, p. 13.

13. Ernst Haas, *Beyond the Nation-State,* Stanford: Stanford University Press, 1964, p. 465.

terísticas que los diferencian (en sus propias mentes) de los "extranjeros", y que luchan por crear o mantener su propio estado".

Por su parte, Roger Scruton en un ensayo sugerentemente titulado "La primera persona del plural" ahonda en estas ideas, y escribe:

"El orden político (...) depende de la existencia de una comunidad que se identifica a sí misma como 'nosotros'. Dado que no hay un 'nosotros' sin un 'ellos', la posibilidad de enemistad y fragmentación está contenida en el fundamento mismo de la existencia política. Esto no implica, sin embargo, que todas las comunidades sean igualmente amenazantes para sus vecinos, o que no haya modo de lograr a través de negociaciones y concesiones mutuas, las fronteras estables y el sentido de afiliación (membership) que las sociedades del pasado han alcanzado, casi siempre, por medio de la guerra" ([14]).

Scruton alude aquí a varios aspectos importantes involucrados en el concepto de nacionalismo:

a. La necesidad de todo ser humano en cuanto tal y dada su naturaleza social, de percibirse como perteneciente a un "nosotros", a un colectivo en el cual puede insertarse y el que puede proporcionarle protección.

b. La inevitable existencia de los "ellos", los otros, los que eventualmente pueden amenazar mi seguridad, que sólo mi adscripción a un cuerpo de "nosotros" puede contrarrestar.

c. La constatación de que la existencia de un "nosotros" eventualmente enfrentados a unos "ellos" es una fuente siempre latente de conflictos.

d. Pero lo más importante es la valoración que Scruton postula respecto de la identificación con un "nosotros" como condición necesaria del orden político. Ninguna sociedad puede pervivir sin un orden interno, una cohesión, un "cemento integrador", en la expresión de Haas, que proporciona la percepción de ser parte de un "nosotros", y el más primario de los "nosotros" parece ser el de pertenencia a una nación.

---

14. Roger Scruton, "La primera persona del plural", en *Estudios Públicos*, Nº 56, 1994, p. 224.

El nacionalismo, según el ya citado Haas, "es el conjunto de creencias que sustenta ese pueblo y que legitima su búsqueda de singularidad y autonomía; el nacionalismo es el mito de la nación triunfante" ([15]).

Las creencias que cohesionan a un conjunto de individuos en base a una serie de características que ellos poseen en común y que los diferencian del resto de los individuos, pueden o no corresponder a la realidad. Lo más probable es que esas creencias no sean más que mitos, es decir, que los supuestos rasgos distintivos del resto y que justifican la búsqueda de autonomía, no sean más que productos de la imaginación. En términos prácticos, sin embargo, es completamente irrelevante que esas características supuestamente diferenciadoras sean verdaderas o míticas. Lo que importa es que se *crea* que ellas existen, porque el nacionalismo es un sentimiento y su fuerza radica en su capacidad de movilizar socialmente a un grupo de individuos. Es por esto que es muy probable que este sentimiento perdure aún cuando sea contrario a las tendencias modernas y más racionales del mundo contemporáneo.

Precisemos todavía un poco más los atributos, tanto reales como míticos, que componen este complejo sentimiento. Para esto puede ser útil recurrir a la sistematización de elementos integrantes del nacionalismo elaborada por Boyd Shafer, con la advertencia previa de que en las manifestaciones concretas de nacionalismos difícilmente aparecerían de manera simultánea todas las características.

Los elementos conformadores del nacionalismo, según Shafer, son los siguientes:

a. Cierto territorio, habitado por un pueblo, o deseado por un pueblo.

b. Una cultura común (símbolos, literatura, costumbres, lenguaje...).

c. Un estado soberano e independiente, o el deseo de lograrlo.

d. Una creencia compartida acerca de que se posee una historia común y un origen étnico común (lo que puede ser real o imaginario).

---

15. Ernst Haas, *op. cit.*, pp. 464-465.

e. Una hostilidad compartida hacia otras naciones que parecen amenazar (real o ficticiamente) la seguridad nacional.

f. Una devoción hacia la entidad llamada "nación" que encarna o simboliza un territorio, un pueblo, una cultura, instituciones, intereses, herencia y cualquier cosa que un grupo de gente tiene en común, o cree que tiene en común.

g. Una compartida esperanza de que la nación tiene un futuro (aunque este futuro sólo consista en la mera sobrevivencia) ([16]).

En resumen, los ingredientes del nacionalismo son una mezcla de mito y realidad. La verdad o la racionalidad carecen de importancia. Lo que verdaderamente importa es la fuerza de los sentimientos nacionalistas en un pueblo. Cuando el pueblo es nuevo, es decir, cuando recién se ha constituido en un estado, estos sentimientos pueden ser esenciales, porque como dice Shafer, el nacionalismo es el más fuerte sentimiento para unir a un pueblo y, a la vez, para separarlo de otros pueblos.

Conviene subrayar que el sentimiento nacionalista no es un fenómeno presente sólo en los nuevos estados surgidos del proceso de descolonización o en los grupos separatistas existentes al interior de los más antiguos. Como observa Isaiah Berlin...

"No es necesario acentuar el hecho obvio de que poderosas pasiones nacionalistas inspiran buena parte del comportamiento de la gran mayoría de los Estados soberanos actualmente representados en las Naciones Unidas, incluso en mayor medida que a sus antecesores de la Liga de las Naciones" ([17]).

Berlin agrega que este hecho habría sorprendido a la mayoría de los observadores sociales y políticos del siglo XIX que consideraban al nacionalismo como una fase transitoria del desarrollo histórico y político. Pero dichos observadores creían que este mismo desarrollo, el avance de la ilustración y la racionalidad a nivel universal, terminaría con las divisiones nacionalistas.

A este respecto, quizás uno de los más típicos enfoques es el que proporciona el marxismo. En efecto para los marxistas, el sentimiento nacional era una forma de falsa conciencia, una ideología generada por la dominación económica de la burguesía para mantener el control clasista de la sociedad basado en la explotación del proletariado. Pero con el triunfo de la revolución socialista, las diferencias nacionales y étnicas perderían importancia ante la solidaridad de los trabajadores del mundo, unidos para aprovechar las fuerzas de la naturaleza en beneficio de toda la humanidad. A pesar de que la Primera Guerra Mundial desmintió crudamente la presunción de una universal solidaridad de clase superior a las solidaridades nacionales, Stalin trató de llevar a la práctica estas ideas creando la "nacionalidad soviética", que él creyó absorbería para siempre las diversas nacionalidades existentes en la URSS. Hoy sabemos que su proyecto, que pareció exitoso durante muchos años, sólo pudo mantenerse por medios coercitivos; pero tan pronto como estos fueron levantados florecieron intactos los mismos viejos nacionalismos, los cuales pudo comprobarse que no habían desaparecido, como se creyó, sino que sólo habían estado silenciados por la opresión totalitaria.

Berlin intenta buscar una explicación a la pervivencia del nacionalismo mucho más allá de lo que se preveía, manteniéndose como un "movimiento cardinal de nuestro tiempo" ([18]).

Berlin esboza cuatro características del nacionalismo que en cierto modo complementan las indicadas por Shafer.

a. La convicción de que los hombres pertenecen a un grupo humano particular diferente de otros grupos, y que los rasgos de los individuos que lo integran son formados por ese grupo, que proporciona un conjunto común de costumbres, leyes, creencias, lengua, instituciones sociales y modos de vida.

b. Los elementos que constituyen una nación tienen una relación similar a la de un organismo biológico. Los modos de vida, de pensar, de actuar, de sentir no pueden ser artificialmente formados; y por eso, los individuos no pueden alterar o abandonar a voluntad a su nación, ni ésta puede ser disuelta.

c. La valoración de la nación propia, simplemente porque es la nuestra.

---

16. Cf. Boyd C. Shafer, *op. cit.*, pp. 17-20.

17. Isaiah Berlin, "Nacionalismo: Omisión en el Pasado y Poder en la Actualidad", en *Estudios Públicos*, Nº 38, 1990, p. 272.

18. Berlin, *op. cit.*, p. 286.

d. La supremacía de los requerimientos de mi nación frente a contendores rivales de autoridad o lealtad, lo que legitima cualquier acción tendiente a remover los obstáculos que se opongan a la satisfacción de las necesidades o intereses de mi nación ([19]).

En conclusión, mucha sangre se ha derramado en el mundo en las luchas nacionalistas. Esta es la más elocuente y dramática prueba de que los sentimientos nacionalistas constituyen un hecho. Y como tal hecho, su estudio en las relaciones internacionales no puede obviarse. Los ataques al nacionalismo pueden tener todo el peso y el respaldo de la razón. Pero como reiteradamente muestra la historia, la política fáctica suele no estar regida por las leyes de la razón.

La multiplicidad creciente de estados-naciones constituye un hecho, que podemos calificar de irracional, que podemos considerar peligroso para la paz, que podemos lamentar desde una perspectiva moral, o desde otras perspectivas. Pero es un hecho cuya vigencia es indesmentible aun cuando parezca contradictorio con las tendencias dominantes en el mundo actual orientadas hacia la globalización no sólo económica, sino también política y cultural. Sin embargo, como ya en otra ocasión tuve oportunidad de demostrar ([20]), la globalización no es tan global como se presume.

---

19. Berlin, *op. cit.*, p. 277-279.

20. Carlos Miranda, "Globalización: Límites y Paradojas", en *Política*. vol. 35, 1997, pp. 27-35.

IDENTIDAD CULTURAL Y PENSAMIENTO AUTOCTONO

ENRIQUE ARRIAGADA-KEHL *

Hay mucha discusión respecto de si somos capaces de filosofar en Latinoamérica. Es más, la problemática, a nivel mundial, ha sido más radical: si estamos frente al fin de la filosofía o no.

Estas inquietudes se responden, la primera, proponiendo opciones sin más, con todos los riesgos que ello implica, y la segunda, seduciendo plausiblemente, sin aceptar la intimidación sofista de que la filosofía ha terminado.

¿Cómo se ha salvado hasta el momento el pensamiento latinoamericano?

Unos lo hacen por medio del ensayo. Convincente opción, que permite una reflexión pertinente y contextualizada de nuestras inquietudes; muy avenida a nuestro pensar poético y literario.

Otros, por medio de la historia de las ideas, que interpretan con propiedad nuestra circunstancia histórica pensando la tradición

---

* Profesor de Filosofía y Música. Director del Instituto del Pensamiento Latinoamericano Contemporáneo (IPLAC). Director de la Revista Artículos Filosóficos. Ha publicado una veintena de artículos en Europa y Latinoamérica. Ha publicado el libro "Hacia una filosofía de la Autenticidad e Identidad Social desde Latinoamérica" (Edit. Alef, 1994). Tiene en prensa "El Hombre como Espejo de sí Mismo" y por terminar el "Poder en Latinoamérica", tema sobre el cual dirigió un simposio en Ecuador de una semana en el marco del 49avo Congreso de Americanistas. Miembro de la Sociedad Chilena de Filosofía y de la Jaspers Society de EE.UU. Miembro Honorario de la Sociedad Peruana de Filosofía. Postulante a Doctor por la Universidad de Buenor Aires, Argentina.